

## UN SOLO NOMBRE: FELICIANO AYALA

Tal vez sean recuerdos ancestrales,  
misteriosas y errantes remembranzas  
del alma perdurable de la tierra  
que por sus pueblos, pareciera que habla,  
y yo creo escuchar cuando transito  
por esas huellas casi milenarias  
que vieron las auroras liminares  
en los días primeros de la patria,  
cuando todo era un cúmulo de sueños  
y un inmenso bagaje de esperanzas.

De la patria de ayer, ayer y siempre,  
un tanto culta, otro tanto bárbara,  
violenta y sensitiva, religiosa,  
pródiga y -si se quiere- trágica,  
más la auténtica, propia, insustituible,  
no la aséptica patria elucubrada.  
Yo quisiera decir un solo nombre  
y procurar así sintetizarla  
en esas calidades superiores  
que fueran el fermento de la raza,  
de esa raza de criollos esforzados  
que con su sangre, la nación fundaran.

Miliciano, por fuerza, desde niño,  
Desde el Sur, la bárbara acechanza  
imponía que el niño fuese un hombre,  
hábil jinete, diestro en las boleadas,  
sabedor de los riesgos, los secretos,  
y los peligros de la inmensa pampa. . .  
Baqueano y rastreador; Siempre soldado,  
desde que fuera en el Fortín Chalanta  
aquel portaestandarte adolescente,  
certero en correrías y avanzadas,  
hasta ser en sucesos memorables  
de todo Cuyo, la primera lanza...

Y, sin quererlo, ya lo estoy nombrando,  
al Comandante Feliciano Ayala.

¿Quién no supo de él en la provincia,  
cuando el fervor de sus mejores causas?  
Desde La Punta a San José del Morro,  
desde La Punilla a Santa Bárbara,  
desde Renca a los otros caseríos  
que fueron siempre de San Luís el alma,  
y hasta en las irredentas tolderías  
de los ranqueles y los indios pampas...

Vivió también la guerra fratricida...  
La vida entonces se transforma en drama  
y la común bandera se convierte  
en jirones de fe despedazada.  
En Cepeda brilló y en El Pocito  
donde la ley fue defendida a ultranza,  
Lo mismo que en Pavón, donde puntanos  
con sus caballerías conquistaran  
a fuerza de valor y a lanza seca,  
el corazón del campo de batalla. . .

Se sabe de Pavón que instantes antes  
a toda voz quiso que se cantara  
la cueca, que bailó Don Pablo Ojeda  
mientras las tropas iban a la carga  
dispuestas a morir por objetivos  
que en tenidas, la Infamia negociara.

Murieron en Pavón, José Aguilera,  
Santos Domínguez, Belardino Amaya  
y otros que los informes ignoraron  
como si no significase nada  
(¡Duro precio que impone la derrota!  
su sangre inútilmente derramada.)

Lo que ocurrió después, ¡Cristo lo sabe!  
No tuvo nunca explicación honrada,  
dominaron la lid los provincianos  
y no obstante, mandóse retirada.  
Penosa y desdichada inconsecuencia  
que no redime el bronce ni la estatua.

Y la victoria se volvió derrota,  
Y fue un ocaso el alba vislumbrada...

Por eso fatalmente fue la guerra  
y nuevamente el Interior en armas,  
pero jamás su posición más justa  
que cuando, como entonces, dijo: Basta!  
¡Basta a la usurpación, al atropello  
y a las ejecuciones a mansalva  
dispuestas por Procónsules ignotos  
que a poblados enteros devastaran!

Cómo olvidar “El Chañaral”, siniestro,  
O la horrible masacre de Las Playas?  
¡Cómo olvidar al sanguinario Sandes,  
al “manco” Iseas, a los Irrazával  
y a los otros que nombrar no quiero,  
adalides del odio y la desgracia. . .!

Prefiero celebrar el heroísmo  
de El Portezuelo, San Ignacio y Vargas,  
y de aquellos anónimos puntanos  
que ocultó el olvido como lápida,  
por defender la libertad, la vida,  
y nuestra Ley Fundamental jurada;  
y celebrar esa lealtad inmensa  
que vale más que todas las medallas,  
en un nombre no más, un solo nombre  
que sintetiza la emoción ahogada,  
un solo nombre, multitudinario,  
nombre de inextinguibles resonancias  
como aquellas, vibrantes, de la cueca  
que en el Pavón confederal cantaran  
victoriosos jinetes de mi Pueblo,  
nombre de todos: Feliciano Ayala . . . !

Hipólito Saá